

Cuentos de Gonzalo Drago

Por haber vivido en provincias alguna parte de su existencia, Gonzalo Drago figura en grupos literarios organizados para hacer frente a la soledad ambiente. Cuando se escribía la historia de esos grupos, se les verá adoptar nombres bizarros, editar una revista que dura pocos números y que después de cierto intervalo surge de nuevo, auspiciar la publicación de algún libro y dejar, en diez o doce muchachos, un rescoído de inquietud y de amor al oficio de escritor. Unos fueron grandes talentos, como Oscar Castro, que tan vinculado está precisamente a Gonzalo Drago, y otros no pasaron de medianías. Laboriosos y esforzados, unos escribieron mucho; otros, en tanto, hábiles o perecosos, dejaron correr la vida y escurriéndose las horas hacia el olvido, haría la nada.

¿Dónde habrá de colocarse a Gonzalo Drago? Más bien entre los laboriosos. Estos "Cuentos escogidos" (Ediciones Oeste) que de él acaban de publicarse, han sido tomados de varias colecciones anteriores, como "Corbre" y "Surcos". Pero el autor lo es asimismo de un par de novelas y hasta de libros poéticos, ya que la vocación que le anima no es única y no ha podido canalizar en un solo sendero sus aptitudes literarias.

En presencia de estos cuentos cabría, desde luego, preguntar en cuál de esas direcciones se le ve obtener mejores frutos, cuál llena más a fondo sus ideales. En general, podría hacerse la reserva de que no va a descolgar como estilista, sea porque en su lenguaje superviven algunas cacofonías, sea porque se abandona a la elaboración de imágenes de gusto dudoso: "El cofre vivo de su memoria" (p. 103), "Resbalando por un tobogán de ternura" (p. 148); cuando no son de franco mal gusto, como la imagen del mundo de agua (p. 24), ante la cual casi todos los lectores habrán de paralizarse de estupor.

Ea, en cambio, perfectamente capaz de componer pequeños grabados o estampas, merced a que ha fijado la vista en un rincón de la realidad, y allí supo hallar el rasgo decisivo y comprometido, el único que hacía falta de verdad para lograr la sugestión. Véase el resultado: "Esta lluvia monótona y fría me deprime. Miro hacia la calle desierta a través de los cristales empañados. El agua se escurre desde la acera formando pequeños charcos pardos. Un hombre cruza la calzada y se aprieta contra el muro para protegerse de la lluvia. Permanece inmóvil, con las manos hundidas en los bolsillos, el

apretando entre los dientes un cigarrillo humeante. Per entre la cortina de agua que nos separa veo su rostro borroso, marchito, burilado en tonos grises. Algún vago o un conante, pienso. Quienquiera que sea, es un hombre" (p. 51).

Bella y toda, esta imagen podría sugerir que el autor contempla a la distancia el drama del ser humano, que se aísla, que no desea compartir la suerte de quienes le salen al paso. No es así. Toda la literatura de Gonzalo Drago está fraguada, al revés, sobre la ancho base de una simpatía humana que es, en mi entender, visible en todas sus composiciones. Vamos explicando cómo.

En estos cuentos, por ejemplo, encontramos la vida de oficina en provincias, algo grisáceo vulgar, henchida de pequeños incidentes y basada en la repetición. Una chica ha de casarse con uno de sus compañeros de trabajo; pero entre tanto sufre el asedio de un jefe despótico, no indiferente a sus encantos femeninos. Otro de los empleados vive sus últimos días, y parece entre las garras de la tuberculosis. Es un relato algo más extenso que el cuento normal, gracias a la acumulación de estos pequeños sucesos. Tal es en extracto lo que se nos ofrece en "Esto es la vida", y es allí, precisamente, donde ocurre aquel hallazgo que hemos separado hace algunas líneas, para hacer justicia a su autor.

En "Surcos", al revés, encontramos la vida de campo, con mal tiempo, miseria en el hombre que vaga en busca de trabajo, y miseria en el rancho donde se le acoge. Pero hay allí, también, como contraste, ayuda mutua entre los desamparados y, en fin, la triunfante alegría del trabajo.

En otro rincón, en "El primer dolor", damos con la vida de infancia. ¿Es autobiográfico? Puede ser; y sea lo que fuere es un excelente cuadro del chico que pierde las bolitas de piedra y de cristal jugando con un compañero luto, y a quien de este "primer dolor" cura la madre abriendo en su alma el caudal de la ternura. Todo sencillo, agradable, con justa percepción del alma infantil.

La nota trágica nos la da el autor en "Ganado cuyano", y es notorio que a pesar del buen efecto logrado no es a esta especialidad a la cual ha querido dedicarse. "Ganado cuyano" es único en el repertorio. A solas, en la alta noche, hay allí un hombre, acurrado por la oscuridad de caber a su madre,

cual se desliza clandestinamente en un carro de ferrocarril donde sus únicos compañeros son los vacunos que llevan al mercado. Los animales lo hieren y terminan aplastándolo, sin querer, por haberse metido allí en forma imprudente. El relato es doloroso, algo brutal, pero el autor ha sabido esparcirnos los aspectos más ingratos de la cosa, narrando con discreción y buen pulso.

¿Y dónde ocurren estas escenas? Pocas precisiones vemos, pero de indicaciones sueltas podemos desprender que hay allí algo de la vida en Sewell, en Rancagua, en Pichilemu, en Cahuil y en algunos campos vecinos. Es la región central de Chile, que el autor no describe como topógrafo sino alada apenas, con timidez, temeroso de indiscretar.

Otro rasgo notorio en sus obras es la ausencia de diálogo. Drago no lo esquiva, pero hace poco uso de él. En "Surcos", por ejemplo siempre digno de recordación por el mérito que sin duda le achaca, el diálogo que podría haber sido frecuente, para dar solución a los pequeños conflictos suscitados en la narración, se emplea muy poco y, desde luego, no lo echamos de menos: prueba de que el autor hizo bien al prescindir un tanto de él.

Y si hubiera que definirle por el rasgo más prominente de su fisiología moral, patentizado en todas o casi todas sus composiciones, yo me inclinaría a llamarlo cuentista de la simpatía humana, por el mucho espacio concedido en sus cuentos al afecto que une a los hombres, a la amistad, al instinto solidario que les permite acercarse y compartir lo que tienen. Una excepción, la de "Mr. Jara", no basta para quitarle ese bello título. El personaje allí evocado es repulsivo, siniestro, por lo menos cual quiere el autor que lo tomemos. No: no es ella la cuerda propia del autor. A él le gustan los seres sanos, bondadosos, inclinados al bien y capaces de consolar a sus semejantes con una sonrisa, con un ademán amistoso, suficiente, a pesar de su pequeñez, de calmar las agresiones de la vida y de tender sobre ellas una dulce temperatura, un balsámico estorfo. Y como lo gustan, son seres así los que figuran de preferencia en sus relatos.

Simpatía humana, calor de amistad, solicitud del hombre por el hombre, son sentimientos frecuentes en estos cuentos en donde, al filo de los años, ha ido dejando el autor, Gonzalo Drago, su abstracción de creador.

Cuentos de Gonzalo Drago [artículo] Raúl Silva Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuentos de Gonzalo Drago [artículo] Raúl Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile